

LOS CANADIENSES Y LA REVOLUCIÓN MEXICANA, 1910-1928*

J.C.M. Ogelsby[†]

Uno de los sucesos más importantes y dramáticos de la época moderna fue la Revolución mexicana, fue la primera gran revolución social de este siglo pero, a pesar de esto, en Canadá es casi desconocida, salvo cuando la televisión nocturna transmite alguna película como *¡Viva Villa!* o *¡Viva Zapata!* La impresión general que probablemente se tiene de este hecho es la de unos hombres morenos y bigotones que usan pijamas blancas, anchos sombreros y cabalgan tras un tren. Hay algo de cierto en esas películas: esa vestimenta era normal en las zonas rurales de México. Las batallas también se dieron a lo largo de vías férreas, cuyo control era absolutamente necesario en un país tan vasto como México. Pero lo que estas películas no muestran es el porqué de la revolución y cuáles eran sus fines, así como tampoco que más de un millón de personas murieron durante el periodo más cruento de la lucha (1910-1920).

México tiene una extensión de 1700 millas desde la frontera con Texas, El Paso, hasta Guatemala; hay más de dos mil millas aéreas desde Tijuana, Baja California, hasta Cozumel, Yucatán, dos regiones muy atractivas para los turistas canadienses. A éstos les gusta hablar de sus cuatro mil millas de frontera sin resguardo con Estados Unidos, y aun cuando México no puede igualar esta longitud, comparte una frontera de dos mil millas con Estados Unidos y, en 1910, tenía una población de más de doce millones de habitantes, de los que aproximadamente el 80 por ciento vivía en áreas rurales¹ y más del 95 por ciento carecía de títulos de propiedad y trabajaba para los terratenientes en las haciendas.

Una pequeña minoría de mexicanos era poseedora de tierras, pero la industria y el comercio nacional estaban preponderantemente en manos de extranjeros.

* Este artículo se publicó originalmente en *Gringos del lejano norte: ensayos de historia de las relaciones canadienses-latinoamericanas, 1866-1968* (México: Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1989). La traducción de este texto estuvo a cargo de Beatriz Ruiz Gaytán y Juan Manuel de la Serna.

¹ México es uno de los países más fascinantes de América. Los canadienses que aseguran que su historia nacional es aburrida no podrán decir lo mismo sobre la de su vecino norteamericano al sur de Estados Unidos. Una de las mejores obras introductorias al conocimiento de México es el libro de Leslie Byrd Simpson, *Many Mexicos*, 4ª ed. (Berkeley: University of California Press, 1966) [edición en español: *Muchos Méxicos*, trad. de Lesley B. Simpson y Luis Monguió (México: FCE, 1977)]. Hay, además, muy buenos trabajos sobre la revolución, como por ejemplo el de Anita Brenner y G.R. Leighton, *The Wind that Swept Mexico* (Austin: University of Texas Press, 1971), un soberbio y vívido relato sobre el periodo revolucionario hasta 1940. Hay dos obras recientes de narrativa popular sobre la revolución: Ronald Atkin, *Revolution: Mexico 1910-20* (Londres: Macmillan, 1969) y William Weber Johnson, *Heroic Mexico: The Violent Emergence of a Modern Nation* (Nueva York: Doubleday, 1968), y hay muchas más obras de este género sobre el tema.

Un connotado historiador estadounidense en asuntos sobre Latinoamérica ha expuesto, de manera sucinta, lo que esto significó para el México prerrevolucionario:

La propiedad de pozos petroleros y minas estaba en manos de estadounidenses y de canadienses, los franceses controlaban la mayor parte de la creciente industria textil y muchas de las grandes tiendas. Los alemanes controlaban el comercio de ferretería y medicinas. Los españoles [...] eran abarroteros y comerciantes minoristas. Los servicios públicos —trolebuses, compañías de energía, de agua— pertenecían a los ingleses, canadienses, estadounidenses y extranjeros de otras nacionalidades. Los mexicanos, quienes desconocían las técnicas modernas eran, de hecho, extranjeros en su propio país.²

La alineación de los mexicanos de su propio país se realizó durante los casi treinta y cinco años del régimen de Porfirio Díaz, que comenzó en 1876. Díaz inició el proceso de modernización de México pero, como lo enfatiza la cita anterior, estaba empeñado en permitir que dicho proceso fuera dominado por extranjeros. Su control tanto del gobierno como de la sociedad era tan férreo que tenía pocos oponentes; por ello, al nacer el siglo, México parecía ser uno de los lugares más seguros del mundo para invertir y, además, las ganancias eran también muy buenas; ¿habría alguna duda para que los canadienses invirtieran sus excedentes de capital en ese país? Más aún, México era uno de los lugares más seguros del mundo para vivir; ¿habría duda también de por qué determinado número de canadienses, anticipando el flujo masivo de pinzones del periodo posterior a 1950, huyeran de los fríos inviernos del Norte para asentarse en lugares más cálidos? Tanto a los inversionistas como a los emigrantes les gustaba el México de Díaz, donde quizá vivían y/o trabajaban cerca de mil canadienses.³ Aunque era un grupo reducido, sus aventuras en la revolución son bastante interesantes.

Los inversionistas canadienses descubrieron México gracias a los esfuerzos de F.S. Pearson quien, con mucha de la gente que había trabajado con él en Brasil, inició proyectos similares en México, tanto en la capital como en sus alrededores. Estas actividades lo pusieron en contacto con otro Pearson (sin lazos de parentesco), Weetman Pearson, vizconde de Cowdray, un británico que tenía ya veinte años en México a la llegada de F.S. Pearson; muchas veces se llegó a confundir a los Pearson, ya que ambos estaban vinculados en empresas similares como trenes, electricidad y construcción portuaria. La diferencia más notable entre ellos era que el vizconde Cowdray era amigo cercano del presidente Díaz⁴ y, por otro lado, F.S. Pearson tenía amistades en Canadá dispuestas a proporcionarle capital para sus actividades en México, como lo habían hecho en Brasil.

² Hubert Herring, *A History of Latin America*, 3a. ed. (Nueva York: Knopf, 1968), 337.

³ No he hallado cifras exactas y este cálculo puede resultar elevado. Además, quizá sea irrelevante mencionar que hay reliquias de Porfirio Díaz en Canadá: su enorme colección de armas se conserva en un museo del Real Colegio Militar de Kingston, Ontario.

⁴ Desmond Young, *Member for Mexico: A Biography of Weetman Pearson, first Viscount Cowdray* (Londres: Cassell, 1966).

Visto de manera retrospectiva, tal vez resulte raro encontrar inversionistas canadienses entrando a México cuando Porfirio Díaz se aproximaba a los ochenta años de edad, aunque esto posiblemente se debiera a que los inversionistas generalmente desconocen la historia o la conformación sociológica de los países en donde invierten. Seguramente en ese tiempo México era un país seguro para invertir, pero el conocimiento de su pasado podría haberles prevenido para un acercamiento más cauteloso, aunque, incluso así, México ofrecía ganancias elevadas.

El periodo anterior a la llegada de Díaz fue caótico política y económicamente, pues estuvo marcado por continuas guerras civiles y disputas. Díaz, el exitoso general y hombre fuerte —en una sociedad inclinada a aceptar y admirar al poderoso— era mortal, por lo que habría sido importante determinar si había quien pudiera reemplazarlo, pero nadie parece haberse hecho tal pregunta y, ciertamente, menos en Canadá, de donde llegó un río de dinero durante los últimos siete años que duró Díaz en el poder.

Al terminarse el Canadian Pacific Railway y con la expansión de asentamientos en las praderas hubo un gran excedente de capital disponible. Los capitalistas más prominentes de la época incluían a canadienses como sir William Mackenzie, Donald Mann, sir William van Horne, James Ross, E.R. Wood, E.S. Clouston, el senador George Cox, L.A. Lash, el doctor Samuel Machew, John Mac Donald y Robert Bird, entre otros, hombres vinculados con las grandes corporaciones y bancos canadienses y que pronto lo estuvieron también con grandes empresas mexicanas.

Al parecer, el primer canadiense que adquirió importancia en México fue A.E. Worwich, ingeniero a cargo de la electrificación del sistema tranviario de la ciudad de México; el antiguo sistema de tracción animal había sido desarrollado con inversiones alemanas en 1876; posteriormente, en 1898, fue comprado a los alemanes por inversionistas ingleses y franceses. Fue entonces cuando Worwich puso a trabajar a cerca de dos mil hombres para electrificar dicho sistema. Cumplió su objetivo, pero creó un sistema que llegó a ser conocido como “la línea homicida”, ya que los conductores debían llevar sus vehículos alrededor de la ciudad a paso tan lento que era considerado mortal. Hacia 1906, cuando los canadienses compraron el 75 por ciento de la compañía tranviaria, tenía un alto índice de accidentes y la fama de que proporcionaba un pésimo servicio.⁵ F.S. Pearson fue nombrado entonces presidente de la Mexico City Tramways, electrificada por otra compañía comprada por canadienses, la Mexico City Light and Power Company.

Pearson se vinculó con el sistema eléctrico de la ciudad de México en 1902 y fue precisamente bajo su gerencia, en 1909, cuando los intereses canadienses pasaron a controlar casi la totalidad del sistema de servicios eléctricos del Distrito

⁵ Un estudio un tanto prejuicioso, pero pese a ello profundo, sobre el papel de los inversionistas mencionados es el ya citado de L.C. Park y F.W. Park, *The Anatomy of Big Business*. F.S. Pearson a Grey, 2 de enero de 1914, PAC RG21/9758-1 (A). Para saber de la actividad de Worwich, véase Alfred Tischendorf, *Great Britain and Mexico in the Era of Porfirio Díaz* (Durham, N.C.: Duke University Press, 1961), 116.

Federal, asiento de la capital nacional y la ciudad más grande de la república. En ese entonces, Pearson redujo las tarifas de electricidad a la mitad.⁶

Antes de su derrocamiento, el gobierno de Díaz se las había arreglado para comprar la mayoría de los ferrocarriles existentes; para ello, había obtenido fondos vendiendo bonos fuera del país, especialmente en Estados Unidos. Los canadienses tuvieron la oportunidad de unirse a F.S. Pearson para comprar una línea, la Mexicana Northwestern Railway, a sus propietarios estadounidenses en 1909, compra que incluía la línea que corría de la frontera con Estados Unidos en Ciudad Juárez a la ciudad de Chihuahua y, además, tres millones de acres de tierra en una zona maderera del mismo estado “para explotarla, uno de los principales objetivos de la compra por parte de esta compañía”.⁷ Los nuevos propietarios extendieron la sociedad a Canadá y establecieron sus oficinas principales en Toronto. Pearson y sus socios canadienses también compraron una empresa minera con una concesión en el área del río Conchos en Chihuahua. Pearson constituyó la nueva Northern Mexico Power Company en Montreal en el año de 1909 e intentó que la empresa proporcionara energía para las actividades mineras de Chihuahua y los estados vecinos.⁸

Tres canadienses se habían unido al vizconde Cowdray en sus aventuras en Veracruz: Samuel Machew, John Mac Donald y Robert Bird. En 1906 contrataron a Worwich para desarrollar el sistema eléctrico de su compañía, la Vera Cruz Electric Light Power and Traction Company. Hacia 1910, Worwich había terminado el sistema de tranvías y había proporcionado iluminación a varias tiendas y casas particulares. La otra adquisición de Cowdray y sus amigos, la Anglo-Mexican Electric Company, tenía el monopolio energético de la región del altiplano situada cerca de Veracruz, en la región Orizaba-Puebla.⁹

Sir William Mackenzie y Donald Mann llegaron a Monterrey —la segunda ciudad en importancia de la república—, y en 1905 adquirieron el control de la Monterrey Tramways, Light and Power, que estaba en manos alemanas, y establecieron su oficina matriz en Toronto.¹⁰

La actividad canadiense y su riqueza potencial atrajeron los intereses de los bancos de esa misma nacionalidad, pues muchos de los principales inversionistas en las empresas mexicanas estaban afiliados al Bank of Montreal y al Canadian Bank of Commerce. El primero de ellos abrió una sucursal en la ciudad de México en 1906, y el segundo en 1910. El Bank of Commerce confiaba en que “desde un principio se aseguraría negocios verdaderamente importantes”, y ciertamente que

⁶ *Ibíd.*, p. 114.

⁷ Gow a Borden, 9 de enero de 1913, PAC RG7, G21/9758-1 (A) (en adelante se eliminará la clave PAC RG7 y se citará sólo la serie G21/9758).

⁸ Marvin D. Bernstein, *The Mexican Mining Industry, 1390-1950: A Study of the Interaction of Politics, Economics and Technology* (Albany, N.Y.: State University of New York Press 1964), 43.

⁹ Tischendorf, *Great Britain and Mexico...*, 118-119.

¹⁰ *Ibíd.*, 119; J. Fred Rippy, *British Investments in Latin America, 1822-1949; A Case Study in the Operations of Private Enterprise in Retarded Regions* (Hamden, Conn., Archon, 1966), 245.

tenía potencial, puesto que había recibido las cuentas de la Mexican Light and Power y de la Mexico City Tramways, ganancias que significaron pérdidas para el Banco Nacional de México.¹¹

Las anteriores fueron las áreas de mayor inversión canadiense que ascendían a cerca de cincuenta millones de dólares al momento de la caída de Díaz. No eran inversiones canadienses en su totalidad, aunque sí gran parte —las que no eran canadienses eran británicas—. Es cierto que los canadienses y británicos llegaron a México creyendo que iban a incrementar sus fortunas y que ese excedente podía ser usado en Canadá —especialmente en la región oeste del país—, y fue esta región la que resintió que dichas expectativas no se materializaran,¹² debido a que México se levantó contra su presidente, que estaba ya en edad senil.

En 1910, Díaz tenía ochenta años, pero estaba decidido a reelegirse. Había recibido el apoyo de muchos mexicanos que creían que un presidente no debía reelegirse y, en principio, aceptó la condición: no buscó la reelección en 1880 y permitió que uno de sus hombres ocupara la silla mientras él dirigía la nación. A partir de 1884 se las arregló para manipular el país según sus fines y la reelección pasó a ser un hecho aceptado, aunque, de cualquier manera, el México de esa época no estaba dispuesto a dejar a Díaz hacer de las suyas. Entre los intelectuales y los campesinos rebeldes había una oposición abierta a su régimen: el dirigente más connotado de estos últimos era Emiliano Zapata, mientras que Francisco I. Madero representaba, entre los intelectuales, la tendencia reformista, y fue él quien decidió oponerse a Díaz en la carrera electoral por la presidencia.

Madero era un hombre de buena posición cuya familia poseía varias minas, algunas fábricas y una considerable cantidad de tierras en el estado de Coahuila, al norte del país. Sin embargo, su conciencia social lo distinguía de muchos de sus compañeros. En 1909, inició su campaña contra Díaz, quien respondió mandándolo arrestar poco antes de las elecciones del 26 de junio, de tal manera que no hubo contienda electoral, y con los resultados manipulados, Díaz ganó las elecciones. Al salir de la cárcel, Madero cruzó la frontera hacia Estados Unidos, desde donde planeó su regreso, y en octubre de 1910 lanzó su Plan de San Luis Potosí que llamaba al “sufragio efectivo, no reelección”. El *Plan* es un método tradicional por medio del cual un candidato anuncia sus intenciones con la esperanza de atraerse apoyo y en este caso funcionó. La ola antidictatorial alcanzó las proporciones suficientes para obligar a Díaz a partir rumbo a Europa en la primavera de 1911, y Madero hizo su entrada triunfal en el mes de junio.

El periodo maderista, que duró hasta febrero de 1913, fue decepcionante para los reformistas mexicanos. La presencia de los antiguos colaboradores de Díaz era demasiado obvia y el descontento en el campo continuaba. Esta situación no había afectado a los canadienses de manera severa, pero como lo hizo notar el ministro británico en México en diciembre de 1911: “Hay mucho trabajo, pues los abogados

¹¹ Tower a Grey, 18 de marzo de 1910, G21/9758-1 (A).

¹² J. Castell Hopkins, ed., *The Canadian Annual Review of Public Affairs, 1913* (1914), 12-22.

canadienses y otros gritan su aflicción por doquier [...]”.¹³ No está claro a qué trabajo se refería, lo único cierto es que había problemas; el poder de Madero iba disminuyendo gradualmente y finalmente fue depuesto por su general Victoriano Huerta, un hombre ambicioso y alcohólico.

Durante el periodo de Madero, el ambiente en el norte de México era tenso. Un canadiense que había invertido sus ahorros de dieciocho años en una planta de tratamiento de minerales en la que tenía sesenta empleados, sentía verdadero temor de perder su inversión; escribió que los rebeldes cobraban fuerza, mientras que la policía y el ejército eran poco eficientes. En una ocasión vio al segundo jefe de una de esas bandas justo antes de abordar un tren que después sería atacado, pero se abstuvo de comunicarlo a la policía, pues tenía miedo de meterse en problemas si los policías resultaban ser amigos de los rebeldes. En el asalto al tren perdió su pistola y cincuenta y cinco dólares. La legación británica había recibido reportes similares y decidió que viajar por tren en el México maderista era muy arriesgado.¹⁴ A tal grado que el Mexican Northwestern Railway se vio obligado a reponer 575 puentes y bastidores en el curso del año que precedió a la caída de Madero. El gobierno mexicano insistía en que la compañía mantuviera abierta la línea, “pero a pesar de las constantes peticiones de que se le brindara una protección adecuada y de las promesas del gobierno de que se la otorgaría, lo cierto fue que la compañía quedó a merced de los revolucionarios, quienes la usaban a su antojo [...]”.¹⁵

Las presiones existentes sobre las acciones canadienses obligaron a los directores de la compañía a solicitar y obtener ayuda del gobierno de sir Robert Borden, quien tenía buenos amigos entre los principales integrantes de la comunidad económica canadiense. Cuando el conocido empresario canadiense sir James Dunn (quien dirigía sus negocios desde Londres, al igual que su amigo lord Beaverbrook) cablegrafió al primer ministro canadiense en enero de 1913, notificándole que él tenía intereses cercanos al Mexican Northwestern Railway y que solicitaba que el gobierno canadiense intercediera ante los británicos para obtener protección; Borden le contestó: “Daremos una rápida respuesta a cualquier solicitud de la compañía”.¹⁶

Dunn cablegrafió dos semanas después para saber si Borden había hecho algo y para ver si los ejecutivos de la compañía podían obtener una entrevista con un ministro británico. Un día después, Dunn, convencido de que la intervención directa de la compañía para ponerse en contacto con representantes británicos podía complicar las cosas, prefirió esperar a que Borden se comunicara con ellos. Sin embargo, en su cable decía que el tiempo era esencial, debido a que la compañía quería vender bonos en diez días y que la decisión con que la Foreign Office apoyara a la compañía en México y en Washington sería de vital importancia.¹⁷ Trece

¹³ Citado en Peter Calvert, *The Mexican Revolution, 1910-1914: The Diplomacy of Anglo American Conflict* (Cambridge: Cambridge University Press, 1968), 118.

¹⁴ Crosby a Stringer, 12 de abril de 1912 y Stronge a Grey, 15 de abril de 1912, en /21/9758-1 (A).

¹⁵ Grow a Borden, 9 de enero de 1913, en G21/9758-1(A).

¹⁶ Dunn a Borden (sin fecha) y Borden a Dunn, 8 de enero de 1913 en los papeles de Borden, PAC, MG26H, 71466 y 71470.

¹⁷ Dunn a Borden, 20 y 21 de enero de 1913, papeles de Borden, 71483-4.

días más tarde, Dunn cablegrafió de nuevo a Borden diciéndole que no tenía noticias de los británicos, a lo que Borden contestó que lo intentaría nuevamente.¹⁸ Según los británicos, el comandante general del gobierno mexicano encargado de esa área estaba brindando la protección necesaria.¹⁹ El ferrocarril necesitaba la protección debido a que mientras Dunn intentaba salvaguardar sus intereses, las fuerzas rebeldes y sus oponentes federales iban y venían por las vías férreas, aunque más evidentemente los rebeldes que las tropas gubernamentales. Eran los rebeldes quienes impedían que la compañía reparara los puentes dañados.²⁰ De cualquier forma, el derrocamiento de Madero por Huerta hizo que muchos capitalistas tuvieran un respiro: Huerta simbolizaba la fuerza y el orden, fue él quien cablegrafió al gobernador general: “Placer anuncio: paz lograda hoy con derrocamiento gobierno Madero”.²¹ Sir James Dunn no se volvió a molestar en cablegrafiar.

Huerta pudo hacer un llamado a los inversionistas extranjeros en México y fue capaz de persuadirlos para que compraran bonos para apoyar a su gobierno. El Bank of Commerce llegó a comprar un millón de dólares y entonces empezó a darse cuenta de lo que significaba vivir en un ambiente revolucionario (¿en 1930 el Banco todavía intentaba rescatar sus bonos!).²² Huerta, el amigo de los banqueros, tenía solamente un enemigo poderoso que vivía en la Casa Blanca en Washington, D.C., su nombre: Woodrow Wilson, quien no aceptaba la forma en que Huerta había llegado al poder. Los esfuerzos de Wilson para “enseñar a los latinoamericanos [en este caso los mexicanos] a elegir a los hombres adecuados” se ha descrito en otra parte; lo que aquí es importante resaltar es que México no logró la paz con Huerta.²³ Estados Unidos hizo todo lo posible para deponer a Huerta proporcionando toda clase de ayuda a sus enemigos. Así, México sólo pasó de una situación revolucionaria a otra.

Huerta, pertrechado en la ciudad de México, era el blanco de tres principales grupos, pero mientras controlara el puerto de Veracruz (que le proporcionaba impuestos aduanales) y la ciudad de México, se encontraba seguro. Sin embargo, los estadounidenses ocuparon el puerto en abril de 1914. En el Oeste, cerca de la ciudad de México controlada por Huerta, estaba el Ejército del Sur comandado por Emiliano Zapata, y en el Norte estaban las divisiones de Francisco, “Pancho”, Villa, Álvaro Obregón y Venustiano Carranza; se libraban violentas batallas por doquier.

Los periódicos canadienses informaban sobre la lucha, por lo que había conocimiento de los sucesos en México, aunque no el suficiente como para impedir que Borden por lo menos interrogara a sus ministros sobre la posibilidad de una propuesta alternativa para el Canal de Panamá, que estaba por concluirse. Tal propuesta vino de lord Grey, gobernador general de Canadá (1904-1910), en abril de 1913;

¹⁸ Dunn a Borden, 4 de febrero de 1913 y Borden a Dunn, 4 de febrero de 1913, papeles de Borden, 71487-8.

¹⁹ Nota verbal (sin fecha), papeles de Borden, 71504.

²⁰ Stronge al gobierno mexicano, 10 de enero de 1913, G21/9758-1 (A).

²¹ Huerta al gobernador general, 19 de febrero de 1913, /21/9758-1 (A).

²² SSEA a SSDA, 29 de marzo de 1930, G21/9758-4.

²³ Robert E. Quirk, *An Affair of Honor: Woodrow Wilson and the Occupation of Veracruz* (Mississippi Valley Historical Association, University of Kentucky Press, 1962).

Grey, a su vez, la había recibido de Alfred Maudslay, el británico mexicanista que sugirió la posibilidad de que Canadá obtuviera el control del Isthmus of Tehuantepec Railway, debido a que “Ahora que México está en apuros es buen tiempo para hacerlo”.²⁴ El ferrocarril era obra del vizconde Cowdray, el financiero británico que, según su biógrafo, había arriesgado con éxito, y quien probablemente veía a Canadá como un buen fiador para rescatar su inversión. Maudslay, por su parte, se percató del gran potencial que tenía la ruta, por lo que llegó a sugerir que su compra podría significar “otro trato comparable al del Canal de Suez, para Canadá”.²⁵ Pero Borden no estaba tan seguro de que fuera así, por lo que envió la sugerencia a su ministro de Ferrocarriles y Canales con la siguiente anotación: “La idea me parece un tanto quimérica”.²⁶ En su respuesta, Cochrane, el ministro en cuestión, se mostró cauteloso diciendo que el proyecto necesitaría un minucioso estudio. No obstante, lord Cowdray quería vender y, confiado en que era un hombre importante, en el otoño de 1913 se dirigió a sir Richard McBride, el premier de Columbia Británica, presionándolo para que Canadá nombrara una comisión para estudiar el caso.²⁷ Borden no estaba del todo convencido, pero en esta ocasión pidió opinión a sir George Foster, su ministro de Finanzas, quien le recomendó que no interviniera, ya que Canadá sólo obtendría las acciones de Cowdray y el gobierno mexicano retendría sus obligaciones. Su manera de ver el asunto era que Canadá no obtendría el control, “el cual quedaría en manos de una potencia extranjera que no es ni muy estable ni muy confiable”. Finalmente, la propuesta se extinguió en diciembre de 1913 y Cowdray tuvo que buscar otro comprador al que nunca encontró y finalmente tuvo que rematársela al gobierno de Carranza en 1918.²⁸

Es interesante hacer notar que Canadá tuvo injerencia en los intentos de resolver el conflicto entre Huerta y Estados Unidos, aunque fue un papel secundario: el sitio escogido para celebrar la reunión fue Niagara Falls, Ontario, un lugar neutral a la vez que agradable. Niágara fue escogido por los mediadores brasileños, chilenos y argentinos.²⁹ Parece que a Canadá no se le consultó, ya que, de hecho, el embajador británico en Washington, sir Cecil Spring Rice, sugirió al gobernador general —el Duque de Connaught— que el gobierno canadiense enviara a algún representante para mostrar que había interés por parte de Canadá. Sugirió, asimismo, que ciertas atenciones por parte del gobernador general “sin duda producirían un buen efecto en Hispanoamérica y... [en Washington,] en donde estos procedimientos serían observados

²⁴ Maudslay a Grey, 27 de abril de 1913, papeles de Borden, 10319.

²⁵ *Ibid.*; Young (*Member for Mexico...*, 110-111) insinúa que la primera guerra mundial y posiblemente la apertura del Canal de Panamá redujeron el tráfico ferrocarrilero. No menciona este esfuerzo particular por parte de Cowdray.

²⁶ Borden a Cochrane, papeles de Borden, 10322.

²⁷ Cochrane a Borden, 23 de mayo de 1913 y O'Farrel a Borden, 7 de noviembre de 1913, papeles de Borden, 19323 y 10325.

²⁸ Foster a Borden, 3 de diciembre de 1913, papeles de Borden, 10329-30; Young, *Member for Mexico...*, 110-111.

²⁹ Spring-Rice al gobernador general, 9 de mayo de 1914, G21/9758-1 (A).

con gran atención”.³⁰ El Club Canadiense en Niagara Falls invitó al primer ministro a la conferencia.³¹

Aparte del revuelo que provocó en Niagara Falls, la conferencia, por sí misma, no atrajo gran atención en Canadá. El gobernador general envió un mensaje de bienvenida y sus “fervientes esperanzas de que sus esfuerzos y los de sus colegas por preservar la paz tengan un éxito rápido y duradero”. Borden declinó la invitación y en su lugar envió a H. Martin Burrel, su ministro de Agricultura.³²

La conferencia no tuvo éxito, ya que Carranza, el principal opositor de Huerta, rehusó enviar a su representante, alegando que era un problema interno en el que no debían intervenir extranjeros para tratar de resolverlo. De cualquier forma, hacia finales de la conferencia, los días de Huerta estaban contados y él lo sabía.³³

Antes de la caída del breve gobierno de Huerta, iniciaron los contratiempos que enfrentarían, por muchos años, las inversiones canadienses. La Mexico City Tramways Company, cuyos inversionistas canadienses, estadounidenses y británicos creyeron que ofrecía ganancias potenciales en el México gobernado por el rígido autoritarismo de Díaz, demasiado pronto supieron lo que era vivir una revolución. El 2 de enero de 1914, el Departamento de Comunicaciones y Obras Públicas de México notificó a Pearson que la concesión “bajo la cual operan ciertos tranvías de la compañía” sería cancelada el día 10 del mismo mes. La razón aducida era que la concesión no tenía validez debido a que había sido otorgada a perpetuidad y no por los noventa años que establecía la Constitución. Pearson se molestó por la disposición y buscó una enérgica respuesta del gobierno británico a favor de los intereses de la compañía.³⁴

El representante británico en México, sir Lionel Carden, buscó a los responsables mexicanos y logró que le aclararan cuál era en realidad la intención de México: querían que la compañía discutiera la concesión, a lo que ésta accedió, aunque no era su política usual. Carden se había dado cuenta de que sus derechos sobre la concesión no estaban bien definidos, debido a que algunas de sus concesiones databan de 1856. Escribió entonces: “[La compañía] ha preferido dejar las cosas como estaban, y sin rehusarse a discutir el asunto ha tenido más éxito que evadiéndolo”.³⁵

El gobierno de Huerta pronto tuvo cuestiones más importantes que atender que las concesiones tranviarias: luchaba por sobrevivir y perdió esta batalla en julio de 1914. La ciudad de México era un trofeo y sólo una guardia federal se encargaba de mantener el orden hasta que su jefe negociara la rendición. Los habitantes de la ciudad no querían que esa guardia se rindiera a las fuerzas zapatistas que estaban ya muy cerca de la capital. Temían que las bandas rurales zapatistas vagaran por la ciudad y conservaban la esperanza de que las fuerzas de Carranza y Obregón, más

³⁰ Spring-Rice al gobernador general, 12 de mayo de 1914, G21/9758-1 (A).

³¹ Carta a Borden, 18 de mayo de 1914, papeles de Borden, 21403.

³² Ottawa Citizen, 18 de mayo de 1914; Borden al secretario del Club Canadiense, 20 de mayo de 1914, papeles de Borden, 21403.

³³ Robert E. Quirk, *The Mexican Revolution, 1914-1915* (Nueva York: Norton, 1970), 46.

³⁴ Pearson a Grey, 2 de enero de 1914, G21/9758-1 (A).

³⁵ Carden a Grey, 14 de enero de 1914, G21/9758-1 (A).

disciplinadas, tomaran el control, situación que se resolvió hasta mediados de agosto a favor de las fuerzas del Norte.

El nuevo gobierno, encabezado por Carranza, no se olvidó de la compañía por mucho tiempo. Aunque los ojos de la nación estaban atentos a la Convención que se celebraba en la ciudad de Aguascalientes —en donde los líderes de las diversas tendencias esperaban resolver sus diferencias—, la ciudad de México tuvo que enfrentar una huelga de conductores de tranvías y carruajes que la paralizó el 8 de octubre.³⁶ Con el paso de los días, los huelguistas se inquietaban, pues la compañía rechazaba sus demandas de un aumento del cien por ciento y el reconocimiento de su sindicato. Pearson solicitó a Hohler, un miembro de la legación británica, que hablara con Carranza y le informara que la compañía no podía cubrir las demandas de aumento salarial puesto que no había tenido ganancias el año anterior, mensaje que fue recibido por Carranza. El gobierno de Huerta adeudaba a la compañía 1 500 000 pesos y el gobierno de Carranza debía a la Light Power y a la Tramways 196 000 pesos. Carranza contestó que, aunque no quería intervenir en la huelga, tendría que hacerlo por el interés público, por lo que sus hombres tomaron la compañía el 12 de octubre.³⁷

Esta acción condujo a la National Trust Company —que tenía una hipoteca de quince millones de pesos desde 1906 y otra de 2 350 000 desde 1909— a buscar a los representantes gubernamentales canadienses ante el gobierno británico para que averiguasen qué había sucedido y protegieran los derechos de los accionistas.

Los representantes de Carranza sorprendieron a Hohler —quien tuvo que llevar la representación de la compañía— “comportándose curiosamente bien...”, pues sólo refutaron al gerente de la compañía y lo reemplazaron con un *interventor*, designado por el gobierno, quien depositó las ganancias en una cuenta de la compañía en el Bank of Commerce.³⁸ Diez días después, el *interventor ordenó* un incremento del 25 por ciento en los salarios sin consultar a la compañía. A partir de ese momento, las divergencias de la convención se reflejaron en un caos gubernamental que afectó directamente la situación de la compañía; ésta no estuvo de acuerdo con el aumento a los salarios, pero no le quedaba más que observar cómo el *interventor*, poco a poco, tomaba el control total, llegando incluso a ordenar al gerente del Bank of Commerce qué hacer con los fondos de la compañía.³⁹

Hohler no era muy optimista respecto del futuro, pues el 20 de noviembre escribió a Grey: “En medio del caos prevaeciente sería una mera casualidad si alguno de nuestros esfuerzos obtiene algún resultado”.⁴⁰ Dos días después, las fuerzas de Carranza evacuaron la ciudad hacia Veracruz. Los hombres de Zapata entraron a la capital pisando los talones de las tropas que salían. Contrariamente a lo que

³⁶ Francisco Ramírez Plancarte, *La ciudad de México durante la revolución constitucionalista*, 2a. ed. (México: Ediciones Botas, 1941), 76.

³⁷ *Ibid.*, 77, 89; Hohler a Grey, 14 de octubre de 1914, G21/9758-1 (A).

³⁸ Sobre los intereses del National Trust Co., véase Privy Council Report on Mexico Tramways Co., 17 de octubre de 1914 y Hohler a la Foreign Office, 21 de octubre de 1914, G21/9758-1 (A).

³⁹ Hohler a Grey, 10 de noviembre de 1914, G21/9758-1 (A).

⁴⁰ *Ibid.*

se esperaba, los recién llegados trataron de imponer orden en la ciudad. Hohler se entrevistó con el gobernador zapatista del distrito, quien “era casi analfabeto, pero mostró muy buena voluntad” hacia la compañía y la devolvió a sus propietarios el 28 de noviembre. El *interventor* perdió su empleo, mas no su deseo de recobrarlo, pues dos días después de perderlo y gracias a ciertas negociaciones tras bambalinas regresó a su trabajo y el amigo de la compañía en el alto mando zapatista terminó en la cárcel.⁴¹

La compañía continuaba sus esfuerzos por presentar su caso ante el gobierno, sosteniendo que el incremento salarial, si no iba compensado con un aumento en las tarifas del transporte, rebasaba sus posibilidades. Estaban en la mejor disposición de cooperar, pero aducían que las tarifas eran muy bajas y si la compañía no podía mantener sus costos, el servicio empeoraría.⁴² Así fue como se mantuvo este asunto entre diciembre y enero mientras la vida en la ciudad se deterioraba notablemente. Los problemas de la compañía no eran nada comparados con los de los millones de ciudadanos que sufrían la carencia de alimentos y una escasez de circulante, puesto que cada facción que llegaba al poder contaba con su propio equipo de impresión, por lo que el papel moneda abundaba, pero compraba poco.

Las fuerzas de Carranza al mando del general Obregón tomaron el control de la capital el 28 de enero de 1915. Su plan consistía en tomar todo lo de valor y llevarlo a Veracruz, en donde los carrancistas se habían fortificado. Como consecuencia, las condiciones ciudadinas empeoraron: se propagó el hambre, la peste y la inseguridad. El 3 de marzo, los ocupantes suspendieron el servicio de tranvías y tomaron las guías de control de los vagones junto con otras cosas se las llevaron a Veracruz el 9 de marzo.⁴³ Los zapatistas volvieron a ocupar la plaza.

Para ese entonces, la compañía había tenido suficiente y uno de sus gerentes estaba dispuesto a no hacerla funcionar hasta que México tuviera un gobierno legal y estable. Pearson suavizó esa declaración diciendo, a su vez, que la compañía aceptaría que se le regresaran sus propiedades, siempre y cuando se hiciera un acuerdo formal con el gobierno mexicano en el que se estableciera que la compañía “libremente asumiría el control total”.⁴⁴

Finalmente, en 1919, la Mexico City Tramways Company recuperó sus propiedades; lo que es difícil decir es cuál fue el costo para los accionistas: fue una inversión que la revolución arruinó. Entre 1913 y 1946, la compañía obtuvo ganancias, y operó con pérdidas, desde 1928 hasta dos años antes de que el gobierno mexicano se hiciera cargo de ésta en 1946.⁴⁵ Para ese entonces ya no podía ostentarse como canadiense, puesto que estaba en manos de intereses belgas y seguramente muy pocos en Canadá resintieron su nacionalización.

⁴¹ Hohler a Grey, 7 de diciembre de 1914, G21/9758-1 (A).

⁴² “Memorandum Relative to Affairs of the Mexican Tramway Company”, 7 de diciembre de 1914, G21/9758 (B).

⁴³ Hohler a la Foreign Office, 3 de marzo de 1915, G21/9758 (B).

⁴⁴ Hohler a Grey, 18 de marzo de 1915 y Pearson a Graves, 15 de marzo de 1915, 021/9758 (B).

⁴⁵ *New York Times*, 24 de enero de 1946.

Las dificultades que enfrentó otra gran inversión canadiense pueden ilustrarnos, no tanto sobre los problemas de hacer funcionar una inversión en tiempos caóticos, sino más exactamente sobre lo que puede suceder cuando sus directivos conocen poco sobre el país en el que se han comprometido a operar. Pocos podrían negar que sir William Mackenzie y Donald Mann fueran hábiles hombres de negocios, pero aun así tuvieron problemas en México con la Monterrey Railways, Light and Power Company. Esta compañía había recibido concesiones antes de que los canadienses tuvieran injerencia. En 1905, tenían el control de una planta de luz, trabajos de abastecimiento de agua, alcantarillado, tranvías, una planta de gas y una granja. Con ello habían comprado la “enfermedad” de la compañía, puesto que ésta “nunca había sido popular para la gente de la ciudad [...]” debido a los términos de la concesión. Entre finales de octubre y principios de noviembre de 1915, la prensa local atacaba a la compañía, pero con la consolidación de Carranza en el gobierno, el vicecónsul británico en Monterrey pensaba que se iniciarían las reformas. Sugirió que la compañía debía tener un “representante competente” en la sucursal, puesto que hasta entonces los dirigentes habían dejado que un alemán se hiciera cargo, quien no era del agrado de los gobernantes municipales.⁴⁶ La situación de la compañía empeoró, pero aun así, el director general y sus directivos en Toronto no supieron qué hacer. En poco tiempo renunciaron dos representantes de la compañía en Monterrey debido a que la oficina en Toronto los menospreció y al parecer los problemas en esta ciudad se debían fundamentalmente a que allí “no tenían conocimiento de las condiciones locales y [eran] incapaces de apreciar el estado actual de sus asuntos”.⁴⁷ La oficina de Toronto tenía una solución, ya que, aparentemente, sabían cómo llegar al poder que podía influir en los asuntos mexicanos o al menos eso pensaban. Los directores canadienses de una compañía canadiense rentada, pero cuyos accionistas eran predominantemente británicos, decidieron “presentarse al Embajador de su Majestad en Washington para solicitarle información y ayuda, y [...] como lo hizo notar agríamente el encargado de Negocios británico en México] también al Departamento de Estado [de Estados Unidos] y por lo tanto existía el riesgo para sus intereses, de que el gobierno norteamericano mediara en esos asuntos”. Los representantes británicos en México no estaban molestos porque los estadounidenses se hicieran cargo, ya que la compañía no había aceptado la asesoría británica.⁴⁸

La Compañía Monterrey no era la única institución canadiense que buscaba sobrevivir bajo el difícil gobierno de Carranza, acudiendo a Estados Unidos para que la apoyase. El Bank of Montreal y el Canadian Bank of Commerce rechazaban la determinación de Carranza de obtener más dinero de inversiones extranjeras. Su gobierno había ordenado al Banco de Montreal pagar dos mil dólares mensuales y al Bank of Commerce mil quinientos dólares mensuales en impuestos al gobierno mexicano.⁴⁹ Los bancos se resistieron al mandato y buscaron la intervención del

⁴⁶ Sanford a Spring-Rice, 3 de noviembre de 1915, G21/9758 (B).

⁴⁷ Sanford a Hohler, 10 de julio de 1916, G21/9758 (B).

⁴⁸ Hohler a Grey, 16 de Julio de 1916, G21/9758-2 (A).

⁴⁹ Nota de Pope al secretario del gobernador general, 7 de julio de 1916, PARC, 265076.

gobierno de Estados Unidos, pues creían que esto les daría “resultados efectivos”.⁵⁰ Los gerentes del Banco en Canadá pidieron a su gobierno que solicitara al embajador británico en Washington la ayuda estadounidense. Hohler, el representante británico en México, estaba disgustado por la acción de los bancos, pero cuando supo que el embajador estadounidense no había recibido indicaciones sobre el asunto, acudió al Ministerio de Finanzas y se las arregló para persuadir al gobierno mexicano de retirar sus exigencias de impuestos.⁵¹ Un mes más tarde, el gobierno mexicano estableció una recaudación de doscientos dólares mensuales, cantidad que los bancos aceptaron, aunque lo hicieron bajo protesta.⁵²

Tanto la Compañía Monterrey como los dos bancos canadienses dieron un paso importante —que parece haber sido el primero de esa naturaleza en las relaciones entre Canadá y América Latina— cuando solicitaron ayuda estadounidense para sus asuntos. Los funcionarios de la Monterrey aparentemente pensaron que la influencia estadounidense podría dar resultados en donde los británicos no habían tenido éxito. Los bancos justificaban esta medida debido a que sus clientes “en su mayoría [eran] ciudadanos estadounidenses”.⁵³ Lo que evidentemente queda fuera de esta acción por parte de quienes presumiblemente eran grandes expertos en asuntos financieros, es que con toda esa supuesta pericia ¡sabían tan poco sobre México! Hohler pensó que la acción estadounidense sería un riesgo para las compañías, y el embajador británico en Washington cablegrafió al gobernador general que sería conveniente que cualquier negociación “mejor se hiciera a través [del] Encargado de Negocios Británico en México, debido a que el gobierno mexicano ve con recelo cualquier intervención del gobierno estadounidense [...]”⁵⁴ y ambos estaban en lo cierto. Los mexicanos no habían olvidado la guerra de 1845-1848 ni la ocupación de Veracruz. Pero lo que resulta más sorprendente sobre la petición hecha a Estados Unidos es que precisamente en esos momentos un destacamento militar estadounidense comandado por el general Pershing llevaba a ambos países hacia la guerra, por lo que fue el peor momento para solicitar ayuda estadounidense. No hay duda de que los inversionistas canadienses no tenían el menor conocimiento de la sociedad con la que estaban comprometidos. Ni los bancos, ni las grandes compañías tenían noción de la realidad en el México posterior a Díaz; por ello es comprensible que, como resultado, tuvieran muchas dificultades.

La época más violenta y caótica de la Revolución mexicana fue durante el periodo comprendido entre 1913 y 1915 cuando, eventualmente, Carranza salió triunfante. Sin embargo, el país no disfrutó de una estabilidad inmediata, aunque para todo propósito fueron Carranza y Álvaro Obregón —su principal aliado— quienes iniciaron la etapa del orden. Hubo generales disidentes como Zapata y Villa que

⁵⁰ *Ibíd.*

⁵¹ Hohler a Grey, 11 de julio de 1916, PARC 265076.

⁵² Hohler al gobernador general, 16 de agosto de 1916, PARC 265076.

⁵³ Arthur al encargado de negocios de S.M. (Hohler), 8 de julio de 1916, PARC 265076.

⁵⁴ Hohler a Grey, 11 de julio, y Spring-Rice al gobernador general, 10 de julio de 1916, PARC 265076.

operaban en la periferia hasta que finalmente encontraron una muerte violenta; no obstante, no pudieron modificar el rumbo de la revolución.

Las dificultades de las compañías canadienses en el periodo posterior a 1915 derivaban de la actitud de muchos de los líderes revolucionarios que estaban determinados a eliminar los excesos de la era de Díaz, particularmente el control extranjero de la nación. Por supuesto que las empresas intentaban proteger sus intereses, pero habían fallado notoriamente al identificar sus intereses con los del pueblo mexicano, por lo que tuvieron que sufrir las consecuencias. En el periodo inmediato posterior a 1915, compañías como la Mexico City Tramways, Mexican Light of Power, Mexican Northwestern Railway y la Mexico Northern Power quedaron bajo control mexicano.⁵⁵

Los directores canadienses querían que se les reintegraran sus propiedades, por lo que, a principios de 1919, buscaron la ayuda del primer ministro Borden. Hacia esta época ya había terminado la primera guerra mundial y en las conferencias de paz se buscaban soluciones para el mundo de la posguerra, por lo que los directores de las empresas urgían a Borden para que sus casos fueran examinados en París, antes de que la formación de una Liga de Naciones dificultara ese tipo de asuntos.⁵⁶

Borden llevó el caso al primer ministro británico Lloyd George, pues creía que las acciones extranjeras reflejaban el deseo de Carranza de destruir y confiscar las inversiones foráneas, aunque tenían la esperanza de que se podría hacer algo para mejorar la situación del capital extranjero en México antes de que Woodrow Wilson regresara a Europa.⁵⁷ Aparentemente, Wilson no tenía muchas simpatías por la intención intervencionista proclamada por algunos de los capitalistas. Evidentemente, Lloyd George y Borden no lograron una conclusión importante, aunque, de cualquier manera, las relaciones entre México y Gran Bretaña sufrían un deterioro considerable, debido a que el gobierno de Carranza confiscaba más propiedades británicas.

Los británicos no reconocían a Carranza y en agosto de 1919 iniciaron su proceso de retirada de México;⁵⁸ sus relaciones se restablecieron hasta 1925. Durante esta etapa, el gobierno mexicano modificó sus ásperas relaciones con los intereses extranjeros y devolvió a los canadienses el control de sus negocios. De hecho, había comenzado a aceptar discutir los reclamos tanto de personas físicas como de compañías,⁵⁹ aunque esto no significaba que intentara volver a los tiempos de absoluta libertad de la era de Díaz: los extranjeros no volverían a tener todo el control.

Un indeterminado número de canadienses, que posiblemente no llegara a un millar, había elegido vivir en el México prerrevolucionario; algunos trabajaban para

⁵⁵ Peacock a Borden, 1° de marzo de 1919, papeles de Borden 87434-44.

⁵⁶ *Ibid.*, y White a Borden, 1° de marzo de 1919, papeles de Borden 21478.

⁵⁷ Borden a Lloyd George, 5 de marzo de 1919, papeles de Borden 87485.

⁵⁸ Cummins a Barclay, 24 de diciembre de 1918 y el encargo de negocios (Washington) al gobernador general, 25 de agosto de 1919, G21/9758-2 (B).

⁵⁹ SSDA a SSEA, 24 de enero de 1928, PARC.

empresas canadienses, otros habían comprado propiedades, pero sólo unos cuantos tuvieron alguna experiencia desagradable durante el periodo violento de la revolución. Aun cuando existen numerosos informes sobre este tipo de experiencias sufridas por los nacionales de otros países, en cuanto a los canadienses, prácticamente no hay registros.⁶⁰ Los pocos incidentes que llamaron la atención en Canadá no sirven de mucho, o tal vez sólo para mostrar las vivencias durante una revolución.

Algunos canadienses atraídos por la idea de la guerra, se unieron a la lucha. John Reed, el famoso autor de *Diez días que conmovieron al mundo* (un testimonio de la revolución rusa), también escribió *México insurgente*, y entre la gente que conoció durante su estadía en México se encontraba A.W. Lewis, artillero veterano de la guerra de los Bóers, y un capitán Treston, que había peleado junto a Villa.⁶¹ También se unió a las tropas revolucionarias Gustave Schoof, sargento mayor del 23º regimiento de Rangers de Alberta.⁶² Al parecer, el número de voluntarios fue muy reducido, tanto como el número de canadienses que sufrieron alguna mala experiencia a manos de los revolucionarios.

Dos jóvenes cadetes, oficiales de la Royal Canadian Navy, se vieron involucrados en un incidente similar al que condujo al gobierno estadounidense a increpar al gobierno de Huerta. La tripulación de un ballenero fue arrestada y detenida por las fuerzas federales durante un breve lapso, lo cual causó el enojo del almirante que estaba al mando, quien se rehusó a aceptar las disculpas presentadas por el comandante federal. Este hecho tuvo lugar a principios de abril y el gobierno estadounidense lo utilizó como parte de su argumento para ocupar Veracruz el 21 de abril de 1914.⁶³ Dos meses más tarde ancló en Coatzacoalcos —el mayor puerto al sur de Veracruz— el *HMS Berwick*. El capitán autorizó que desembarcaran algunos miembros de su tripulación, entre quienes se encontraban los cadetes Critchley y Taylor quienes, como jóvenes aventureros, decidieron internarse tierra adentro —un área pantanosa— por la única ruta posible: las vías del tren. Caminaron unas siete millas y llegaron a un puente en donde, al otro extremo, se veían algunos civiles y militares. Aparentemente estos soldados se alertaron cuando vieron a los cadetes pero, no obstante, decidieron acercarse al lugar, en donde posiblemente conseguirían bebidas. Los soldados los esperaron, los arrestaron e incluso pretendieron ejecutarlos. A fin de cuentas, sólo tuvieron que pasar una noche en la selva tropical, pues a la mañana siguiente sus captores los llevaron al puerto, viaje que fue una mezcla de caminata, carrera y empujones; en fin, una desagradable experiencia.

A pesar de todo, los oficiales mexicanos les permitieron regresar a su barco y cuando su capitán los interrogó consideró que tenía razón suficiente para enviar

⁶⁰ Algunas de las memorias que mencionan a unos cuantos de los residentes canadienses en México son Rosa E. King, *Tempest Ayer México: A Personal Chronicle* (Londres: Methuen, 1936); Patrick O’Hea, *Reminiscences of the Mexican Revolution* (México: Fournier, 1966); John Reed, *Insurgent Mexico* (Nueva York: Simon and Schuster, 1969). No es necesario consultar estas obras para ver las referencias a los canadienses, dado que son mínimas; más interesante resulta leerlas por su valor intrínseco.

⁶¹ Reed, *Insurgent Mexico*, 161, 191-192.

⁶² *Edmonton Journal*, 3 de abril de 1914.

⁶³ Quirk, *An Affair of Honor...*

a un teniente, quien lucía su espadín, a fin de solicitar una disculpa del oficial federal al mando, el general Rincón, quien explicó que sus hombres habían pensado que los cadetes eran desertores o espías estadounidenses, puesto que las leyes mexicanas estipulaban que cualquier militar que se alejara más de seis millas de su base debía ser considerado como desertor. Todo terminó con una visita del teniente y el general federales al *Berwick* en donde pidieron disculpas.⁶⁴

Un canadiense que se estableció en México para realizar actividades agrícolas fue el señor Lupum, quien compró un rancho cercano a la ciudad de México y había soportado los ives y venires de las diferentes fuerzas rebeldes y los bandidos (muchas veces era difícil diferenciar entre ambos) en sus tierras, intrusiones que le costaron la pérdida de su ganado. Estas intrusiones se habían dado por años hasta que, finalmente, en 1915, cuando una facción saqueó su casa llevándose lo poco que le quedaba y dispersó a sus caballos dejándolos que acabaran con sus sembradíos y cosechas, Lupum enfureció;⁶⁵ pero cuando vio que ¡para rematar, derribaron y rasgaron su bandera nacional, decidió que era el colmo!, por lo que llevó su queja a la Embajada Británica, quien se hizo cargo del asunto.

El cónsul británico recibió la visita del ministro de Guerra y de un general, quienes se disculparon por el hecho; habiendo investigado el caso encontraron que las tropas del coronel De la Fuente eran las responsables del saqueo de la casa del señor Lupum, y aseguraron al cónsul británico que De la Fuente había sido castigado “con todo el rigor que mandaba la ley en esos casos, ya que su lamentable conducta había causado gran indignación entre los miembros del Ejército de Liberación”.⁶⁶ El señor Lupum debe haber aceptado las disculpas pues, veinticinco años después del incidente, aún habitaba su rancho.⁶⁷

El México del presidente Carranza y de su sucesor Obregón (1920-1924) intentaba reponerse de los estragos de la guerra y del desorden civil, lo que impresionó a dos canadienses: R.D. Adams y el coronel Leckte, quienes habían llegado a México en 1920 pensando recorrer el país a lomo de mula, buscando posibilidades de desarrollo minero. Adams había escrito a su amigo Arthur Meighen —que había sucedido a Borden como primer ministro— que encontraba a México en plena calma y con leyes justas que, “posiblemente, en muchos casos, son mejores que las nuestras”.⁶⁸ En junio, tres meses después, y posteriormente a la muerte de Carranza, Adams volvió a escribir a su amigo diciéndole que creía que los mexicanos estaban cansados de la guerra y que el triunfo de Obregón era lo mejor que podía haberle sucedido a la nación.⁶⁹

Las observaciones de Adams pueden haber sido correctas, pero aún había hombres ambiciosos que pensaban que el poder podía obtenerse con la fuerza y las armas, y

⁶⁴ Capitán Baker, R.N. al almirante al mando del 4° escuadrón Crucero, 10 de junio de 1914, G21/9758-1 (B).

⁶⁵ Hohler a Grey, 8 de julio de 1915, G21/9758-1 (B).

⁶⁶ Macario López a Hohler, 9 de julio de 1915, G21/9758,-3 (B).

⁶⁷ “Canadian Interest in Mexico, 1940”, PAC, RG20 B1, v.316/11102.

⁶⁸ Adam a Meighen, 3 de marzo de 1920, PAC MG261, 000178.

⁶⁹ *Ibíd.*, 7 de junio de 1920.

otros que simplemente se habían inclinado por la violencia como un modo de vida, combinación que condujo a un periodo de tres meses de lucha que llevó a la ruina a un miembro de una prominente familia de Nueva Escocia.

En diciembre de 1923, Obregón nombró su sucesor al general Plutarco Elías Calles, un reconocido radical que contaba con amplio apoyo de campesinos y trabajadores. Adolfo de la Huerta, antiguo banquero amigo de Obregón y su ministro de Finanzas —presidente interino en el periodo entre la muerte de Carranza y la elección de Obregón— se opuso a dicha elección optando por la lucha armada que condujo, consecuentemente, a una guerra civil que creó un periodo de inestabilidad social y fue la excusa para que el hermano menor de Pancho Villa, Hipólito, se levantara en armas del lado de De la Huerta, viejo amigo de Pancho. Hipólito se autonombró general en jefe del Ejército Insurgente del Norte.⁷⁰

T.G. Mackenzie, cuñado del propietario del *Morning Chronicle* de Halifax y quien también estaba emparentado con el honorable C.B. McCurd —antiguo ministro de Obras Públicas—, casado con la hermana de su esposa, radicó en Chihuahua durante los ocho años anteriores a 1924, desempeñándose como gerente general de la Compañía Agrícola y de Fuerza Eléctrica del Río Conchos, una empresa de F.S. Pearson.

En enero de 1929, Mackenzie se encontraba visitando a un cliente cuando fue cercado por las fuerzas comandadas por Hipólito Villa. En ese momento sólo se envió un cable a su oficina, pero al día siguiente los raptores se pusieron en contacto con la matriz de la oficina e Hipólito Villa, personalmente, demandó un préstamo de doscientos mil dólares para apoyar sus operaciones, a lo que Mackenzie respondió que no contaba con tal suma, así que lo retuvieron como rehén. Al tener noticia de su captura, sus familiares solicitaron la intervención del gobierno canadiense, por lo que lord Byng, el gobernador general, cablegrafió al encargado de negocios británico en México, quien respondió que las fuerzas del gobierno mexicano en el área eran insuficientes como para intentar hacer algo. El diplomático hizo notar que Mackenzie se había rehusado a firmar la nota de rescate. Plutarco Elías Calles, entonces ministro responsable de Asuntos Internos, informó a los británicos que no se escatimaban esfuerzos para recuperar a Mackenzie, explicación que no satisfizo a sus familiares en Canadá, por lo que buscaron ayuda estadounidense aduciendo que Mackenzie, años atrás, había intervenido para salvar la vida de algunos estadounidenses, por lo que en esta ocasión requería de un trato recíproco.

El representante británico no estaba realmente muy preocupado por la suerte de Mackenzie, puesto que sabía que el rehén estaba familiarizado con los habitantes del lugar y con el lugar mismo. Mientras tanto, Calles había enviado a una partida militar a perseguir a Villa. Sin embargo, éste se encontraba en su territorio, lleno de montañas y barrancos, lo que hacía sumamente difícil intentar la captura; esto ya lo había comprobado Pershing años atrás. Pasaron tres semanas sin que se supiera de Mackenzie y de sus captores, pese a que tanto fuerzas gubernamentales como antiguernamentales buscaban a Villa a fin de quedar bien con los canadienses. Mientras

⁷⁰ La correspondencia relativa al incidente de Mackenzie se encuentra en G21/9758-3 (A).

tanto, funcionarios británicos en Washington habían hecho contacto con De la Huerta por medio de su representante en Washington, y aquél había prometido su ayuda.

Desde el 21 de febrero, día de su captura, Mackenzie no había vuelto a ver a Villa, pero en esa ocasión éste le comunicó a Mackenzie que, de no obtener el dinero del rescate, sería fusilado y, además, dañarían las propiedades de la compañía, por lo que el rehén escribió al presidente de la compañía en Toronto, informándole sobre las amenazas y diciendo que el Consejo de Directores hiciera lo que considerara más conveniente; sin embargo, decidió no enviarla porque no le satisfizo su contenido y, así, el asunto quedó sin resolverse. Mackenzie permaneció con el grueso de las fuerzas de Villa hasta el 4 de marzo, cuando Villa le asignó una guardia de nueve hombres. Una semana después de esta fecha, el vicecónsul británico en Chihuahua reportó que Villa había reducido sus demandas a tan sólo una suma razonable. No obstante, en ese momento la situación se complicó debido a que la rebelión de la huertista estaba en su última fase: las fuerzas gubernamentales habían derrotado a las principales tropas rebeldes, por lo que sus dirigentes habían abandonado el país o se habían refugiado en los puntos extremos del país. Para entonces, Villa intentaba negociar con el gobierno y Mackenzie era el medio adecuado para hacerlo.

El gobernador general tenía la esperanza de que se pudiera persuadir a Obregón para que concediera la amnistía a Villa a cambio de Mackenzie. El encargado de negocios británico no creía que esto funcionara, pues sabía que el gobierno mexicano no aceptaría tal responsabilidad e “invariablemente, en estos casos de secuestro, intentaba demostrar que la víctima había actuado en colusión con sus captores con el propósito de repartirse el rescate”.⁷¹ Como dicha propuesta por parte de los canadienses daría al gobierno mexicano oportunidad de suponer una colusión, el diplomático británico decidió no proponerla. Tampoco pensó que el gobierno mexicano concediera la amnistía a Villa, puesto que lo consideraban un simple bandido y no un rebelde político.

Tales noticias desalentaron a los familiares y amigos de Mackenzie en Canadá; pero el cautivo continuaba con vida y, de acuerdo con cierta información, cada vez “se hacía más popular entre sus captores”.⁷² Así estuvieron las cosas hasta la noche del 31 de marzo. Las noches en México caen temprano y rápidamente; y esa noche en particular, los captores de Mackenzie se encontraban ocupados preparando comida y buscando leña para encender sus fogatas, pues las noches de la planicie en Chihuahua suelen ser frías. Mackenzie tenía ya dos meses con sus captores, por lo que su presencia había dejado de preocuparlos; en cierto momento, Mackenzie se fue internando en la oscuridad donde no podía ser visto y ya no regresó. Tanto él como sus captores sabían que el cuartel federal más cercano se localizaba a veinte millas al noreste del campamento, por lo que Mackenzie decidió seguir otra dirección presuponiendo que lo buscarían hacia ese rumbo e intentarían seguirlo, así que se dirigió hacia el Sureste, lo que significaba una caminata de cincuenta millas en terreno difícil,

⁷¹ Encargado de negocios británico al gobernador general, 24 de marzo de 1924, G21/9758-3 (A).

⁷² Dale a Cummins, 18 de marzo de 1924, G21/9758-3 (A).

pero su táctica funcionó y llegó a su destino sano y salvo, y aun tuvo palabras de agradecimiento para sus captores, quienes lo habían tratado bien.

Lo irónico del caso es que el 3 de abril el asunto llegó a la Cámara de los Comunes, cuando el conservador T.L. Church preguntó al gobierno si estaba al corriente del secuestro de Mackenzie y si podían interceder para lograr su liberación; de ser así, quería saber si se había dado la noticia de ello al gobierno de Su Majestad. La respuesta del gobierno fue que se habían dado pasos en ese sentido y que los mexicanos habían respondido que “no se escatimarían esfuerzos para liberar a Mackenzie”.⁷³ Pero para entonces Mackenzie mismo había tomado el problema en sus manos y lo había resuelto.

El rapto de Mackenzie sirve para mostrar ciertos aspectos de lo que significa ser residente y, al mismo tiempo, hombre de negocios en un país extranjero. Mackenzie sobrevivió porque al establecerse se propuso comprender y ser parte de su ámbito, aprendió la lengua del país, lo que es un caso raro entre los migrantes de Estados Unidos o Gran Bretaña; además, valoraba la psicología del pueblo mexicano, podía vivir del mismo modo que sus captores, por lo que éstos lo respetaban. Mantuvo siempre un comportamiento firme en lo que pudo haber sido una experiencia trágica.

Sólo dos canadienses murieron a consecuencia de la revolución, el mismo número de muertos ocasionados por un canadiense en 1924, como veremos. Tal vez otros mexicanos murieron a manos de voluntarios canadienses durante la lucha, pero no se tienen evidencias de ello. De lo que sí existen registros, sin embargo, es del asesinato de dos mexicanos en Veracruz en 1924, a manos de A.P. Halliwell, hecho que debe resaltarse, pues implica ciertas actitudes canadienses hacia México. Halliwell era un veterano de la primera guerra mundial; se había enlistado a los quince años. En 1924, la corte mexicana lo sentenció a veinte años de prisión, ya que la pena de muerte se consideraba en México como inhumana y, por lo tanto, anticonstitucional. Las noticias sobre la detención de Halliwell llamaron la atención del arzobispo de Winnipeg, de la Asociación de Veteranos de Guerra y de la Town Clerk, entre otros, quienes bombardearon al encargado de negocios británico con solicitudes de liberación.⁷⁴ En un telegrama el vicecónsul británico en Veracruz subrayaba que “aparentemente, para esta gente es razón suficiente que el crimen fuera cometido en México como para hacerles creer que deba ser liberado”.⁷⁵

Dos años más tarde, los canadienses interesados en el caso aún intentaban liberar a Halliwell. La Legión Canadiense de la Liga Británica del Servicio al Imperio pensaba que “si se le liberara y regresara a Canadá podría, bajo ciertas influencias, convertirse en un buen ciudadano”.⁷⁶ La señora F. Woolcott, presidenta de la Carry-On League en Hamilton, también presionaba para obtener la liberación.

⁷³ Canadá, House of Commons, Debates, vol. 1, 3 de abril de 1924, 971.

⁷⁴ Papeles sobre el caso Halliwell y Cummins a Byng, 23 de mayo de 1924, G21/9758-3 (A). En tanto México no tuvo pena de muerte oficial, los funcionarios hacían aplicar con frecuencia la ley fuga a los criminales o delincuentes políticos. Esto equivalía a pasarlos por las armas en el momento de la captura y evitar así un proceso judicial.

⁷⁵ Hutchinson a King, 25 de junio de 1924, G21/9758-3 (A).

⁷⁶ Herwing a Walker, 29 de diciembre de 1926, G21/9758-4.

El vicecónsul británico en Veracruz llevó estas solicitudes al general Jara, gobernador del estado, aduciendo que la buena conducta de Halliwell lo calificaba para obtener el perdón. Desafortunadamente, el político mexicano veía el caso desde otra óptica. Parece ser que Halliwell no se había comportado tan bien, lo que era “un requisito indispensable para su liberación”. El prisionero había intentado abandonar la prisión ¡sin notificar a las autoridades!⁷⁷

Durante la revolución, los canadienses que habían elegido México para vivir o trabajar pudieron haber tenido algunas experiencias penosas. Los pocos que perdieron sus propiedades se unieron a los que habían sido agraviados o que habían perdido parientes, a fin de solicitar una compensación a través de la Comisión Internacional de Reclamos.⁷⁸ Si confiamos en los archivos gubernamentales canadienses, fueron muy pocas las dificultades, considerando la violencia y la inestabilidad del periodo revolucionario.

Como ya se ha hecho notar, las empresas dirigidas por canadienses pasaron por tiempos difíciles, pero sabían que era arriesgado invertir en México, aunque el riesgo fue aparente en lo que se refiere a una cosecha anticipada de las utilidades. Las inversiones canadienses en México fueron sustanciales y demostraron —como dijo sir William Mackenzie, uno de los principales inversionistas— “que en la fundación de empresas [Canadá] había alcanzado una estatura internacional”.⁷⁹ Y habiéndola alcanzado, los inversionistas canadienses descubrieron que hacerse rico en otro país podía acarrear problemas. Canadá no era lo suficientemente poderoso como para proteger a sus inversionistas, así que los directores de las compañías buscaron la ayuda de otros países. Gran Bretaña fue su primera elección debido a sus vínculos imperiales y al sistema diplomático imperial que encargó a sus diplomáticos el cuidado de los asuntos canadienses en el exterior, pero el poco empeño demostrado por los británicos hizo que los canadienses buscaran la ayuda estadounidense, que de poco les sirvió. Los asuntos más importantes empezaron a aclararse sólo cuando se tuvo en México un gobierno estable, que fue hacia 1920. En 1928 llegó una calma relativa a la nación, pero el gobierno seguía siendo revolucionario. Así fue como, lenta pero firmemente, aquellas empresas de propiedad canadiense, durante la primera década del siglo xx, pasaron a ser controladas por los mexicanos.⁸⁰

⁷⁷ Jara a Hogg, 7 de abril de 1927, G21/9758-4.

⁷⁸ Las cartas sobre tales demandas se encuentran en G21/9758-2 (B).

⁷⁹ Citado en Park y Park, *The Anatomy of Big Business...*, 136.

⁸⁰ Según se ha indicado, Mexico City Tramways pasó al control gubernamental por última vez en 1946. También de manera lenta, pero segura, el gobierno mexicano empezó a comprar las compañías de energía eléctrica, pero no antes de que estas empresas hicieran sus últimas operaciones libremente. Según apuntaba Miguel Wionczek, distinguido economista mexicano: “En muchos aspectos el comportamiento de las compañías entre 1926 y 1930 recuerda al de los buenos tiempos del fin de la era porfirista [...] el cielo parecía ser el único límite para los ejecutivos de estas empresas en México”. Ésa fue la época en que American and Foreign Power adquirió todos los grandes sistemas en México, en la periferia de la capital. Finalmente, entre 1960-1961, el gobierno asumió el control sobre ellos. Véase Miguel S. Wionczek, “The State and the Electric-power Industry in Mexico, 1895-1965: An Uneasy Partnership”, en Raymond Vernon, ed., *Public Policy and Private Enterprise in Mexico* (Cambridge: Harvard University Press, 1964), 46, 91.